

tiguaron la inocencia de Besson ante el tribunal criminal de Riom, fue porque se vieron obligadas á ello, porque eran sus cómplices!

Se ha querido probar la inocencia de Besson alegando su serena energia, su impassibilidad.

Ese hombre es un mártir, han dicho, y hubiera subido al patíbulo con la frente radiante de inocencia; ¡ved qué pura serenidad! ¡qué admirable firmeza!

Señores, ya sabéis el secreto de esa firmeza.

Hay hombres colocados en tal condicion que creen mucho mas en el poder de sus misteriosos protectores que en la fuerza de la misma justicia.

Esos hombres se persuaden de que esa proteccion que les ha prometido el triunfo no les abandonará, que les seguirá á todas partes; creen en ella hasta el fin, y si los acontecimientos envian á su corazon alguna esperanza, se apoderan de ella con júbilo, como una señal evidente de que esa proteccion obra y ha de triunfar algun dia.

Besson, vuestra serena calma se funda en un error. Todas las protecciones se estrellan ante el poder de la ley, ante la justicia y la imparcialidad del jurado; nada os servirá, ni el falso testimonio, ni la proteccion de las señoras de Chamblas, ni las promesas que se os han hecho, nada, nada variará vuestra posicion. Tambien debian proteger á Arzac: ¿dónde está Arzac? Tambien debian proteger á Bernard: ¿dónde está Bernard? ¡Y vos, donde estareis muy pronto? ¡Ah! los que, estimulados por no sé qué influencia, han venido á este recinto, persuadidos de que con astucia, con mentiras, con apoyos poderosos, se puede vencer á los magistrados y desarmar la severidad de la justicia, sepan de una vez que nada impide que la verdad brille ni que el crimen sufra su expiacion!

A vosotros os toca, señores jurados, darles esa gran enseñanza.

Los debates iban á cerrarse; *M. Lachaud* intentó un esfuerzo supremo, el cual tuvo especialmente por objeto la defensa de las señoras de Chamblas, volviendo la acusacion contra la parte civil. Esta fue la desgracia de tal causa, el escollo forzoso de tan distinguido talento.

—¿Por qué se ocultan las señoras de Chamblas? Se dice que tienen miedo. El lunes último supliqué á las señoras de Chamblas que viniesen aquí; si hubiesen sido cómplices hubieran seguido mi consejo. Si hubiesen sido cómplices seguirian á Santiago Besson con una obediencia pasiva, temerian escitar á ese hombre con su ausencia; estarian ahí para dirigirle esas miradas de fuerza y de solidaridad que deberian sostenerle.

¡Decís que son cobardes! ¡y sois vos quien decís eso! ¡Vos, *M. Turchy de Marcellange*, vos que habeis tenido la fortuna ó la desgracia, porque esa conducta os costará muy cara, de hacer pasar vuestro odio entero á la conviccion de un hombre honrado, de *M. Bac*! Os ha visto llorar, ha llorado con vos, y *M. Bac*, cuando llora, no sabe adivinar ya el pensamiento que se oculta debajo de las lágrimas; por eso ha abrumado á esas desventuradas mujeres con los

tesoros mas terribles de su elocuencia. ¡Ah! *M. Turchy de Marcellange*, creéis que es tan fácil calumniar! Pues bien, yo os lo digo: si las señoras de Chamblas no hubiesen sido unas mujeres piadosas, si en vez de contestar á acusaciones infames, no se hubiesen arrodillado ante Dios; si hubiesen querido seguir á ese terreno de la calumnia, ¿creéis que les habria sido tan difícil alcanzaros?

*M. Turchy de Marcellange*, creo que vuestro corazon se destrozó con la muerte de vuestro hermano, creo en vuestro piadoso dolor, creo en vuestro cariño fraternal, y sin embargo, las señoras de Chamblas hubieran podido mancillar ese dolor sagrado, hubieran podido impedir que fuese creído. ¿Sabéis lo que habeis dicho? ¡Vuestro dolor os ha estraviado; habeis hecho revelaciones singulares que las señoras de Chamblas hubieran podido aprovechar!

Cuando les habeis dicho: «Sois cómplices;» si os hubiesen contestado: «¡Vos sois el cómplice! ¿No tuvisteis presentimientos siniestros? ¿No fijasteis el dia de la muerte?» (Movimiento.) Quiero probaros, *mon-sieur Turchy de Marcellange*, cómo puede raciocinar la calumnia contra vos.

Hé ahí la calumnia: vos mismo lo habeis dicho, un testamento os daba una fortuna entera. ¡Hecho inmenso, trascendental...!

Ahora os pregunto yo: ¿creéis que, si las señoras de Chamblas hubiesen querido calumniar, les hubiera costado trabajo hacerse escuchar tambien?

El defensor recordó de nuevo la presencia en Chamblas, el 31 de agosto al 1.º de setiembre, de aquel desconocido que habia señalado ya, que, en concepto suyo, era el asesino, á quien no se pudo descubrir, lo cual se habria logrado á no ser por las preocupaciones de la parte civil, y terminó con estas palabras:

«Quiero concluir, señores, pues ya las fuerzas me abandonan, y al concluir, quiero justificarme de las reconvenciones que se me han dirigido. ¡He hecho de Besson un mártir, de Arzac un héroe! Hé ahí mis crímenes, ¿He hecho de Besson un mártir? ¡Sí..., un mártir grande y noble!

¡Oh! ¡cuánto desearia que me fuese posible pintar con colores verdaderos los tormentos y la prolongada agonía de Santiago Besson! ¡Oh! ¡cuán poderoso seria si os pudiese hacer penetrar en el corazon de ese hombre!

¡Por qué no podré hacerlos oír ese grito desesperado que lanza sin cesar! «¡Soy inocente, soy inocente!» ¡Es un mártir, teneis razon! ¡Sí, lo digo en alta voz, ese hombre es inocente y el condenarle seria un error deplorable de la justicia!

¿Arzac? Yo no he dicho que Arzac sea un héroe, yo no le he admirado. Profeso harto respeto á la justicia. Lo grande que he encontrado en Arzac es su naturaleza.

¡Me he detenido con sorpresa ante su fuerza, ante su energia, ante su salvaje elocuencia!

*El procurador general*: Defensor, acaso sea algo inmoral y peligroso hablar así de ese reo.

*M. Lachaud*: ¡No, no he ido demasiado lejos!